

BONAPARTE SIN MASCARA.

El Universo entero, las varias naciones y pueblos y los verdaderos franceses son los que han de juzgar este discurso: á cada uno separado, y á todos en general dirijo mi voz; no debe, pues, considerarse este trabajo como un trozo magistral de eloqüencia, sino como un monumento consagrado á la verdad: debe mirársele como un homenage á la nacion Española, nacion á la verdad entorpecida hasta los presentes dias, pero nacion que va despertando de su letargo: desearé que mis acentos sirvan en quanto me sea posible de electrizarla, de sustentar el fuego sagrado que ya la anima; y mi objeto es concurrir con quanto esté en mi poder, á que los castellanos recobren su antiguo esplendor.

Un miserable corso, llamado Bonaparte, educado en Francia á expensas de Luis XVI, como hubiese adquirido bas-

tantes conocimientos matemáticos en clase de discípulo de la escuela militar, obtiene de justicia un grado de Alferez en el exército; la revolucion se prepara, enciéndese la guerra; y entre los motores de la parte oriental de Francia se cuenta como una de las principales cabezas á este oficialillo, el que por cierto asunto perteneciente á la pólvora, causó tal alboroto en Marsella, que la municipalidad lo tuvo arrestado por veinte y quatro horas.

Soldado dichoso, vuela de uno en otro grado y llega al de simple General. = La Francia entónces, despues de haber pasado una série incalculable de desgracias habia puesto á su frente un directorio. = Componíase este de cinco individuos á qual mas destructores. No pudiendo tolerar el pueblo de París los atentados de este gobierno, sus robos tan públicos, su desenfrenada osadía, se subleva contra su dominio. = El directorio ordenó al General Menou que pase á todo París á cuchillo, y este se niega á tan

bárbaro encargo. = Entónces este pobre corso, que sin saber por qué motivo habia regresado del exército se halla á la vista de Barrás, de cuya concubina era bien recibido (*).

(*) Bueno será dar aquí un exâcto pormenor de la historia de esta concubina, á quien gaceteros indecentes, impostores, traidores á la verdad, á sí mismos y á la posteridad se atreven á dar el nombre de virtuosa Emperatriz. = Josefina era esposa del Conde de Beauharnois. = Este militar distinguido, lleno de honor y mérito era xefe del Comité militar, nada se hacia sin su participacion. = Los Comités de salud pública y seguridad general que tenian á su cabeza á Robespierre, Couthon y San Just se abrogan un poder inaudito: la Beauharnois se prostituyó á estos antropófagos. = Vivió con ellos públicamente, y vió con flema morir sobre el cadahalso á su esposo, á quien podia salvar. = Desaparecen estos monstruos, y el Directorio les sucede. = La Beouharnois se entrega á estos rateros, y quando el disoluto Barrás se cansó de ella, la vendió con un generalato al helado Bonaparte, á quien la naturaleza crió impotente; sin duda para privarle de la facultad de dar la vida á monstruos semejantes á él. = Esta Josefina, jugadora, disoluta, y excesivamente pródiga llegó á este trono, cimentado en sangre de millones de víctimas, por las mayores infamias y prostituciones: ¡y esta muger es la que llaman la virtuosa Josefina, la benéfica Emperatriz! A esta muger los franceses deshonrados, degenerados, sin virtudes, sin moral inciensan diariamente ¡y esta muger es la que consumiendo todos los dias caudales enormes se vé adulada por esos viles gaceteros, la clase mas baxa de las sabandijas mas asquerosas que exîsten!

Barrás, ya cansado de esta mesalina, pone sus miras en este jovenzuelo, y le confiere la comandancia de París en la noche del 12 á 13 de Vendemiaire (5 de Octubre); recibe su nombramiento á las 4 de la mañana; á las 7 los cañones y obuses colocados en las bocas calles mas pasageras de dicha capital comienzan á descargar, y á las nueve diez y seis mil almas de todos sexôs y edades habian ya perecido por órdenes de este abominable mozuelo. = Satisfecho Barrás con un golpe tan magistral, le cede á su Mesalina, nombrándole general en xefe del exército de Italia. = Ni un solo caballo poseia, y un tal Seguin, curtidor rico, le regala quatro: marcha con ellos.

Llega á Italia, allí se cubre de gloria como guerrero por sus rápidas conquistas, y como político por varios tratados, pero á la vuelta de esta medalla se ven asesinatos, destrozos, saqueos, los mayores horrores que caben en la guerra, quando quadrillas de bandoleros tienen á su

frente á un foragido, que por captarse el aura popular da libre rienda á sus satélites. = Los historiadores imparciales de estos tiempos calamitosos no pueden ménos de hacer una bella comparacion de su conducta, con la que distinguia al mismo tiempo al ilustre general Moreau, conteniendo su exército en medio del orgullo de las brillàntes victorias que le hizo obtener, sin permitir que sus legiones se deshonrasen como las del corso. = El robo hallaba en su exército pronto castigo. = El asesinato en el de Bonaparte señaladas recompensas. Testigo de ello es su legion de honor, formada solo para este objeto.[1]

Ya su nombre empezaba á hacer sombra al Directorio, y él se creia humillado por su obediencia al gobierno, quando le propuso la expedicion á Egipto. = El Directorio tomó con empeño este proyecto desvariado para deshacerse del Corso. = Este llegó á Egipto; y las victorias, los triunfos, las conquistas terrestres y el combate naval en Abukir, que con

tanto énfasis anunciáron las gacetas, vienen á parar en que el Corso huye, dexando su exército en la situacion mas apurada, obligado á una pronta capitulacion, y á recibir un asilo á bordo de los buques ingleses para poder volver á Francia. = En tanto el Corso, protegido por su fortuna, atraviesa el mediterráneo, burla la vigilancia británica y llega á Frejus. = Como sea propiedad suya violar todos los derechos, desembarca sin precaucion alguna, quando los Soberanos mismos al venir de Levante se sujetarian á algunos dias de quarentena, cumpliendo con las leyes que para seguridad de los pueblos dicta la humanidad. = Menospreciando tan sagrado uso corre á San Cloud, donde su destino le tenia preparado un Consulado. = ¿Quién no conoce esta espantosa historia, y el texido de delitos que la han sucedido, sus baladronadas contra la Inglaterra, sus horribles acciones contra el Austria, la debilidad, ó llámese ceguedad del Rey de Prusia, el valor del de Suecia,

las guerras en Polonia, la escandalosa confederacion del Rhin, todos esos reynos creados para servir de público escarnio, y todos esos reyezuelos, hermanos, parientes y primos suyos? En fin, ¿á quién se oculta la desmedida ambicion de este Protéo?

Pero si ha hecho temblar el continente con sus atrocidades, honradas con el glorioso nombre de victorias, su suerte le esperaba en España para que arrancándole la máscara los Españoles tan quietos, tan opuestos á toda injusticia, tan mal pagados por su amistad, tan inalterable, tan duradera y costosa, como funesta en el combate de Trafalgar, le expusiesen en toda su fealdad á los ojos de la Europa toda, y detuviesen en fin el vuelo de una ambicion, qual no la ofrece igual la historia del orbe.

Naciones, pueblos de todos climas, oid la verdad no exâgerada, la verdad imparcial, pura.

La España gozaba de sosiego mien-

tras el Corso, ocioso á la sazon habia determinado trastornarla.

Principia sembrando la discordia en la familia Real.=El Príncipe heredero se ve preso, acusado de haber intentado asesinar á su padre. ¿A qué horrendo encadenamiento de engaños é imposturas no dió lugar esta prision, y quan ignominioso perdon la terminó? Poco despues el Rey, en vísperas de abandonar su capital, de muy distinto modo que el Rey de Portugal, se ve detenido por sus vasallos, los quales instruidos de los pérfidos intentos de Napoleon toman tan buenas medidas que Murat, que habia venido expresamente á hacer de mediador, y á presentarse como protector, lo halla todo concluido; destruido el gobierno de diez y ocho años de iniquidad; y todo esto sin derramar una sola gota de sangre. ¡En verdad que los soldados del Corso, tan humanos, no hubieran llevado á efecto tal empresa sin cortar las cabezas á media España!

En medio de esta revolucion el Rey Cárlos irritado por la pérdida involuntaria de su privado, cede la corona á su hijo, y el pueblo oye esta nueva con el mas ardiente entusiasmo: el jóven Monarca se detiene algunos dias en Aranjuez á causa de las primeras ocupaciones de su reynado.

Al mismo tiempo un esbirro, un Omar nuevo, despachado por este malvado entra en la capital de Fernando VII en trage de cómico, en medio de mil filas de vándalos hambrientos, entre quadrillas de satélites horrorosos, desnudos, carcomidos de miseria, llevando en su aspecto el ayre amenazador, y el asombro característico del crimen. Horroriza con su entrada: todos los corazones se comprimen á la llegada de este *saltinbanqui*.

Al dia siguiente, despues de una entrada tan ostentosa é insolente, el jóven Monarca elevado al trono sin sublevacion, sin intriga por la voluntad supre-

ma y expresa del Pueblo, se presenta en su capital poco ántes entregada á algunos desórdenes. Renace la tranquilidad; un gentío inmenso revosando júbilo, vuela á recibir á su Soberano; hileras de personas de todos sexôs y edades le abren paso sin necesidad de formacion de soldados, de tropas, aparato terrible que emplean los malvados.

¡Qué portentosa diferencia! ¡Qué contraste! Fernando sin fausto, sin pompa militar, llevando por defensa el corazon de sus vasallos, con el vestido mas sencillo, entra en su capital, quando un extrangero se introduce al frente de cincuenta mil hombres, con un luxo ridículo, y toda la ostentacion de una entrada triunfal.

Murat comienza pidiendo un preso, su amigo, de la principal importancia para el Estado, y como se hallase á la sazon el Infante Don Cárlos detenido en Bayona, y el Rey en camino para aquella Ciudad, fiado en las repetidas promesas del

pérfido corso, manda entregar el reo, creyendo evitar mayores daños.

Cárlos IV y la Reyna salen tambien para Francia.

Ya se hallaba el Rey en Bayona largo tiempo, se habia negado á pasar la frontera; pero el incauto Beauharnais, cuñado de la virtuosa Emperatriz Josefina, se habia arrojado á los pies de Fernando, y derramando abundantísimas lágrimas, habíale suplicado fuese á Francia á visitar á Bonaparte, y el cándido Fernando cede y marcha. Llegado á Vitoria, se opuso el Pueblo á que siguiese su camino, y un iniquo llamado Sabary le ofrece su cabeza para seguridad del viage. Llegó en fin Fernando á Bayona, allí en vez de los abrazos de un íntimo y caro aliado, halla una prision: pónensele por guardias satélites del corso, y obligado á una cesion, tan injusta como nula, es encerrado en el centro de Francia.

¿Qué página de la historia del mundo presenta un atentado semejante ,una

tan manifiesta violacion de todos los derechos? ¿Son, por ventura, estos los que tiene el Corso á la inmortalidad? ¡Ah! ¡Sin duda los mas famosos salteadores de caminos tienen iguales derechos, pero mueren sobre los cadahalsos!

Madrid sufria pacífico y callado una perfidia tan atroz, hollados y destruidos sus paseos, por las revistas del presumido Murat y la insultante insolencia de todos sus sequaces: en fin sus intrigas secretas nos traen el dos de Mayo.

El Pueblo mal armado quiere rechazar á semejantes bandoleros. Estos superiores en número, disciplina y armas, ven sin embargo la victoria incierta por el desesperado valor de los Españoles. Se habian hecho prisioneros por una y otra parte: estos malvados sobrecogidos de terror, se valen de la voz de los Ministros del Consejo Real; prometen paz, y el Pueblo, el Pueblo tan justamente irritado, suelta las armas á la voz de sus Magistrados: dos horas despues de tan inau-

dita condescendencia, ven estos desgraciados arcabucear á sus compañeros, que habiendo caido en manos de estos canibales, creían seguras sus vidas en razon de las promesas anteriormente hechas: vense asesinar en el centro de Madrid seglares, sacerdotes, niños, mugeres, religiosos con sus augustos vestidos: vese despues de este nuevo atentado desarmar á los madrileños: declárase en fin una guerra atroz á la España, territorio sagrado, pues que se habia entrado en él con la oliva pacífica en las manos, y socolor de mover guerra mas viva al enemigo comun.

A fin de sujetar la Andalucía, se destaca al general Dupont, uno de los mas corridos que militan baxo las banderas del Corso: este se halla obligado á detenerse en el camino, despues de haber saqueado á Córdoba.

Para someter á Valencia, envian al general Moncey, hombre al parecer respetable, que se creía nada digno de hallarse entre tan iniqua pandilla: detiénese

en fin en Cuenca, y sale de allí lleno de agradecimiento á la favorable acogida que habia encontrado, y miéntras sigue su camino hácia Valencia, un ladron llamado Caulaincourt que le sigue, para pagar esta deuda, manda sin motivo alguno el saqueo de esta Ciudad, y ya apénas exîste Cuenca.

En tanto Madrid ve convertidos sus mas agradables paseos, los deliciosos jardines de su Monarca, en fortificaciones amenazadoras, y sus habitantes ven para su consuelo, fosos, empalizadas, y bocas de fuego.

En todas las Ciudades, en todos los Lugares donde los Españoles poseidos de una justa indignacion, quieren defender sus derechos, se atreven los Franceses á llamarlos *insurgentes y rebeldes*: saquean y entregan á las llamas quanto terreno pueden ocupar, quando el esfuerzo español no detiene sus quadrillas incendiarias.

Murat, cansado de revistas, de pri-

siones y paradas; pasa á devastar el palacio de nuestros Reyes, y quando todo está pronto para la partida, pretextando enfermedades, de que debiera haberse avergonzado, sale en medio de sus numerosos robos á recibir por premio de su querido cuñado la investidura del reyno de Nápoles, ó del de Holanda.

Llega Josef: halla *el cuitado* un palacio devastado, sin guardias, sin servidumbre, de donde no se atreve el pobre á salir, mas semejante á un prisionero que á un Rey: dicta órdenes, promulga decretos, y se hace proclamar: desobedécense sus órdenes, sus decretos mueven á risa y á lástima su proclamacion.

Bonaparte extremadamente cauto, se queda en Bayona: desde allí sabe que respetando, segun sus órdenes, la religion, los luteranos, calvinistas, judios, árabes, tártaros y mamelucos que ha enviado á España, saquean las Iglesias, profanan los vasos sagrados, y los venden públicamente sobre las ruinas de los Pueblos

reducidos á cenizas: el Corso se llena de satisfaccion.

Allí convoca un congreso, á fin de formar una constitucion para la España: reúnese en parte este congreso á fuerza de amenazas y seducciones, y nada hace sino firmar una constitucion hecha de antemano, y dictada por el *sapientísimo* Emperador.

Pero los espíritus se inflaman, se organizan los ciudadanos, ya los Españoles pelean, vese muerto un general Lefebre, prisionero á todo un Dupont, y en fuga al general Moncey: se ve al pobre Josef cubierto de vergüenza, lleno de miedo, emplear sin embargo (segun costumbre de la familia) los últimos instantes de su agonía en España en robar las caxas públicas, y lo poco que Murat dexó en los guarda-muebles, para huir despues, en medio de sus satélites generalmente atemorizados.

Al fin huyeron: Madrid se entrega al regocijo: por fin respira; pero, Españoles, tomad medidas acertadas, prestad

oidos á un amigo de vuest [illegible] chos, á un amante de vuestra patri [illegible]

ESPAÑOLES: Poco ha [illegible] que dormiais, al fin habeis despertado; pero no descanseis mas. Cerca de vosotros está el Tirano, usando de su política sombría: tal vez su rabia le hará encontrar medios de vengarse, á lo menos lo intentará por todas maneras, pues de vosotros ha recibido la afrenta mas cruel que jamas ha marchitado sus ponderados laureles. = No son sus generales puestos en huida, ni sus soldados muertos, las culpas que no os perdonaria: todas estas víctimas las mira como holocausto debido á su gloria; pero le habeis provocado, habeis herido su amor propio, os habeis mofado de su orgullo, habeis obligado á su hermano á una fuga vergonzosa; y este gran Napoleon que despóticamente impera en todas las naciones, ha visto desvanecerse sus esperanzas de gobernar á España. = Sin duda se duele de no poder contar entre sus súbditos á

José N[illegible] I.° por la gracia de Dios y la c[illegible]cion del estado, R[illegible]y de las Españas [illegible] de las Indias, ciego tributario, y vasallo sumiso de Napoleon Emperador y tirano de los Franceses, tirano de, &c. tirano de, &c. &c. &c.

He aquí Españoles lo que nunca habrá de perdonaros, y nada omitirá para su venganza.

Al arma, despues de haberle humillado es forzoso aniquilarle.

Ciudadanos sin órden, sin disciplina, sin táctica, han destruido, han aprisionado, han puesto en fuga á esos Generales ilustres por sus furores, á esos esquadrones cubiertos del polvo de cien batallas, á esos numerosos batallones criados, aguerridos, y encanecidos en los campamentos.

Los Austriacos, los granaderos Prusianos, los Rusos, dicen, que han cedido á su valor mil victorias: ahora, Españoles, aparecen ante vosotros, y á ellos se

les ve huir y desaparecer, [illegible] quieren pelear con vosotros; c[illegible] sus reductos, sus murallas, sus [illegible]nes y sus víveres; pero por eso no [illegible]eis con lentitud. *Al arma*, Españoles.

El mundo os admira y os contempla; todos los corazones estan á favor vuestro: habeis acometido una alta empresa, y es preciso llevarla á su fin: manteneos firmes, organizaos, marchad, fortificaos, haced formidable vuestra frontera, enviad comisarios á todas las potencias, haced que resuene el ayre con vuestra justa indignacion, anunciad que ha llegado el dia de la venganza: la tierra, el mar, todos los elementos reunidos, concurrirán con todos los habitantes del orbe para aseguraros la victoria: todo, todo está á favor vuestro: el cielo os destina á ser la primer nacion del Universo, pues sois los primeros, los únicos que habeis resistido á este monstruo devorador.

Al arma: es preciso que desaparezca de la faz de la tierra.

T[illegible]egiones, todos los pueblos, [illegible] familias ruegan por vosotros [illegible]os mortales alzan sus manos al [illegible] para que *David extermine á Goliat.*

Acordaos, valerosos Españoles, de que Roma pagana y Roma cristiana siempre arrojaron de sí quanto tuvo el nombre de *Corso*, y que ni aun para esclavos los quisieron los Romanos: haced mas que los Romanos. Véase la Córcega, por haber sido patria de tan infernal vestiglo: reducida á cenizas; digno homenage á las manes de los valientes muertos en defensa de sus hogares. Léase en vuestras banderas

Paz á los verdaderos Franceses y al universo!
Guerra al abominable Corso!

Id, valerosos Españoles! Dios os contempla y os asistirá.

Al arma, al arma, al arm

y

FERNANDO, VII.

Será la recompensa de vuestros esfu

Por un verdadero Frances muy afecto á España.

Notas.

1.ª Tambien lo es la institucion de los Ducados, Condados, Marquesados &c., y prueba de ello es la recompensa que dió al malvado *Sabary*, nombrándole Duque de *Robigo*, luego que con sus falaces promesas y persuasiva arrancó de España al inocente Fernando, á quien tuvo el atrevimiento de decir::: que en la primera entrevista le daría su amo el tratamiento de Alteza; y en la segunda de Magestad.

2.ª Es necesario observar que mientras se quitaba la vida tan horriblemente á los infelices Madrileños, estos mismos mas generosos que los soldados de Napoleon, ocultaban y ponian á cubierto de todo insulto á los que tenian alojados, y se encontraban descarriados por las calles.

3.ª Este es el *digno* hermano del que hizo arcabucear, de órden del Corso, al valeroso y desgraciado Duque de Enghien.